



**ZONA
LIBRE**

La chica pájaro

Paula Bombara

 Norma

**ZONA
LIBRE**

La chica pájaro

PAULA BOMBARA

Fotografía de cubierta:
Sharon Masurski

Paula Bombara

Nació en Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires, en 1972. Además de escribir literatura infantil y juvenil, es bioquímica egresada de la Universidad de Buenos Aires. En Norma ha publicado los siguientes títulos: *La cuarta pata*, *Eleodoro* y, en esta colección, *El mar y la serpiente* y *Solo tres segundos*.

Norma

www.kapelusznorma.com.ar

Bogotá, Buenos Aires, Caracas,
Guatemala, Lima, México, Panamá, Quito,
San José, San Juan, Santiago de Chile

Bombara, Paula
La chica pájaro. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2015.
176 p. ; 21x14 cm.

ISBN 978-987-545-681-5

1. Narrativa Juvenil Argentina. I. Título
CDD A863.928 5

© Paula Bombara, 2015
© Editorial Norma, 2015
San José 831, Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o
parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*

Primera edición: abril de 2015

Edición: Laura Leibiker
Coordinación: Marfa Luisa García
Corrección: Roxana Cortázar
Diagramación: Romina Rovera
Fotografía de cubierta: Sharon Masurski

CC: 29010342
ISBN: 978-987-545-681-5

ÍNDICE

Cero	13
Uno. El lugar donde todo transcurre	15
Dos. Leonor	17
Tres	19
Cuatro	21
Cinco	23
Seis. Darío	25
Siete	27
Ocho	29
Nueve	31
Diez. Domingo	33
Once	35
Doce	39
Trece. Suites nocturnas	41
Catorce	43
Quince	45
Dieciséis. El encuentro, visto de afuera	47

Diecisiete	49
Dieciocho	53
Diecinueve. Invitación	57
Veinte	59
Veintiuno. Algo	63
Veintidós	67
Veintitrés	69
Veinticuatro	71
Veinticinco. Giros y pensamientos	73
Veintiséis	77
Veintisiete. Mamá	79
Veintiocho	81
Veintinueve	85
Treinta	89
Treinta y uno	91
Treinta y dos	95
Treinta y tres. Mientras tanto	97
Treinta y cuatro	99
Treinta y cinco. Mara cuenta más	101
Treinta y seis	107
Treinta y siete	111
Treinta y ocho. El vendaval	115
Treinta y nueve	121
Cuarenta	123
Cuarenta y uno	127
Cuarenta y dos	129
Cuarenta y tres	131
Cuarenta y cuatro	133
Cuarenta y cinco	137
Cuarenta y seis	141

Cuarenta y siete. Entre amigas	143
Cuarenta y ocho	147
Cuarenta y nueve	153
Cincuenta	155
Cincuenta y uno	157
Cincuenta y dos	161
Cincuenta y tres	163
Cincuenta y cuatro. Próximos pasos	167
Cincuenta y cinco	169
Agradecimientos	173

A mamá.

Por los libros, por la música, por el arte.

Por los cielos abiertos, por los abrazos.

¡Si diera el salto! Y no cayera,
como una piedra, sino como un pájaro.
¡Si se descubriera navegante de lo ilimitado!

La llegada a la escritura, Hélène Cixous.

Un saco azul, un vendaval,
un corazón y un plan fugaz.
Es todo lo que tengo y es todo lo que hay.

*Es todo lo que tengo y es todo lo que hay, Lisandro Aristimuño.
Crónicas del viento, capítulo I.*

De pronto, Mara ve su oportunidad y abre la puerta del auto.

Sale corriendo sin mirar los semáforos y cruza la avenida.

El auto queda detenido. Eso la salva y le regala minutos. Eso hace posible el escape.

Mara corre y entra en la plaza.

Ahora todo depende de ella.

UNO. EL LUGAR DONDE TODO TRANSCURRE

Una plaza de ciudad.

No importa la ciudad. Tampoco importan, en el fondo, ni el paisaje ni la arquitectura de la plaza. Podemos verla borrosa.

Importan, sí, cuatro elementos:

- un árbol poblado de hojas, de corteza oscura, que raspe, de ramas para trepar, altas, cómodas;

- un banco típico de plaza, de cemento, de madera, de metal. Es importante que este asiento se ubique cerca del árbol. Cerca de tal modo que permita ver el árbol en su plenitud tanto en invierno como en verano, en la noche y en el día;

- un camino que lleve hasta la calle, que traiga desde la calle, que pase delante del árbol, delante del asiento, y que siga hasta terminar en el otro lado de la plaza donde hay...

- ... un edificio en construcción con la efervescencia de un hormiguero.

Un árbol. Un banco. Un camino. Una construcción. Cosas que se pueden encontrar en una plaza cualquiera, de cualquier ciudad.

DOS. LEONOR

Tiene más de setenta años, tal vez pase los setenta y cinco. Es delgada. Usa el pelo largo, blanco, atado hacia atrás, en una trenza de pocos cabellos. No llama la atención, pasa fácil entre las personas. Si quiere puede volverse invisible.

Está acomodando sus cosas en el asiento de la plaza cuando escucha los sonidos que produce alguien que se acerca corriendo, esos roces de la ropa, esa agitación. Levanta los ojos y ve a una joven tomar el camino central de la plaza para ir hacia el árbol.

La chica corre. Leonor observa que sabe cómo correr para que el aire no se le acabe,

para que el cuerpo haga lo que tiene que hacer y solo eso y todo eso.

Colgada en su espalda, la mochila cargada se aprieta y pesa. Está ajustada pero aun así oscila, se mueve.

La chica corre concentrada en correr.

La chica huye.

Eso es lo que piensa Leonor. Y no dice nada cuando ve que la carrera se detiene un instante frente al árbol para hacerse salto.

Ahora ve cómo trepa, ve que se pierde entre las ramas.

La respiración de la chica llega a los oídos de Leonor. No ha pasado ni un minuto cuando siente la frenada de un auto.

Un chico baja, es alto y fornido pero quizá ni llegue a los veinte años; se escucha la puerta batida con fuerza.

Él no corre, es de la clase de hombres que no necesitan correr. Camina. Pisa con urgencia. Rastrea apretando los puños. Está alterado.

Busca. Recorre la plaza. No encuentra. Ese no parece un hombre hecho para detenerse y buscar. Leonor se pregunta si la chica del árbol sabrá eso.

En las alturas todo es quietud.

La mujer permanece en el banco de la plaza hasta que el chico vuelve a su auto, arranca y se va. Mira hacia el follaje, busca rastros de la chica; no la ve pero siente que se mueve. Sin embargo, no se acerca.

Termina de acomodar sus cosas y también se va. No sabemos adónde.

TRES

El auto da una vuelta a la manzana y retoma el camino por el que llegó.

Mara se sienta en la rama del árbol.

Respira por la nariz. Aún está agitada. Respira hondo.

Su espalda, apoyada en el tronco, con la mochila puesta, se mueve hacia arriba y hacia abajo.

Sus piernas, antes recogidas, ahora se estiran y caen a ambos lados de la rama.

Cierra los ojos, los abre. Se acomoda el pelo. Respira.

Saca el celular del bolsillo. Está apagado. Lo enciende, llama a su mamá. Le dice que

no volverá por unos días, que no se preocupe, que está con amigas. La madre protesta pero ella corta y apaga el celular.

Luego de un rato se quita la mochila de la espalda y la abre.

Un cielo es lo que lleva ahí.

Lo saca y lo agita. Lo cuelga en la rama para cerrar la mochila y acomodarla contra el tronco.

Del mismo modo en que se colocaría una bufanda o un pañuelo, asegura su tela alrededor de la rama. Luego, con un movimiento de brazos, hace un nudo y la deja caer.

Se trata de una tela muy larga, turquesa, ambos extremos llegan al piso. Sin que pueda percibirse duda, Mara se cuelga de ella. Brazos contraídos. Rodillas al pecho.

De a poco, estira el cuerpo y con los pies encuentra el nudo. Allí se para.

Sus brazos descubren el hueco que la tela ofrece. Su espalda se curva y abre el espacio. Un nido.

Allí se mete.

Desde adentro, recoge con rapidez los faldones de tela que caen. Los acomoda para que sean uno su manta, otro su almohada.

Así se queda.

En el árbol pareciera haber nacido un fruto que, aunque gigante y deforme, apenas se ve de lo alto que se encuentra.

CUATRO

Lo odio. Lo odio. ¿Qué hago ahora? ¿Duermo acá? ¿Me voy? ¿Y si vuelve? ¿Y si sigo corriendo? No. Eso es lo que espera. Que me esconda. Por ahí. En algún bar. Debe estar dando vueltas con el auto. Buscándome. No creo que vuelva a la plaza. Ni se imagina que soy capaz de dormir acá arriba. No creo que se anime a llamar a las chicas tampoco. Igual no importa. Ellas me van a cubrir. Aunque no sepan. Ay. Me duele. Es acá donde me duele. Pero no es nada. Tengo que calmarme. Se me va a pasar. No veo nada. Voy a tratar de dormir. No se escucha nada. ¿Y si viene la policía? ¿Llamarán a la policía? No. No creo que el muy cagón llame a la policía. ¿Y mamá? ¿Y si viene la policía qué hago? Ni pienso salir. Acá estoy bien. Que suban. A buscarme.

Yo de acá no salgo.

De ida al supermercado la ve entrenar.
Al regreso sigue ahí.

Eso se repite. Un día. Otro. El que sigue.

Cada tarde, cuando va a la plaza a hacer su rutina de yoga, Leonor siente que comparte el aire con ella.

Hay algo en esa chica que le recuerda su propia juventud. Quizás el cuerpo delgado pero fuerte, quizá la mirada inquieta. O tal vez el ímpetu con que inicia sus movimientos.

Mirarla en su tela es como ver el despliegue de los pétalos de una flor. Esa fragilidad.

Nace en ella el deseo de preguntarle por qué duerme en la plaza, si no tiene casa, si puede ayudarla. Dejarla cuando la noche se acerca se le hace difícil, pero ¿con qué excusa va a acercarse?

La invisibilidad de Leonor esta vez le juega en contra. La chica parece tan desprotegida y a ella la conmueve tanto verla bailar.

Quizá llegue nuestra oportunidad, se dice a sí misma. Quiere que eso suceda.

Quizá no haga falta apurar los tiempos.

SEIS. DARÍO

Se llama Darío. Trabaja en la construcción y almuerza en la plaza.

Antes usaba el tiempo del almuerzo para pensar en nada, descansar la vista en el pasto, en las palomas, en la trama del camino. Pero desde que la chica del árbol llegó la mira trepar su tela, no puede evitarlo.

Con cada impulso hacia arriba el cuerpo gana levedad.

Ve que, rápida y precisa, la chica mueve la pierna derecha para enroscar la tela sobre su empeine descalzo.

Lejos, muy alto, un pie se apoya sobre el otro envuelto. La tela ya no es simple género sino escalera.

Darío deja de ver los pies.

Deja de ver los brazos.

La chica se hace parte de una fantasía.

Medio pájaro.

Medio sirena.

Ve alas que se agitan y mezclan el sol con la sombra.

Unas hojas caen.

Al perderla de vista se siente estúpido y baja la mirada al suelo. ¿Qué hechizo lo retiene ahí, cada mediodía, haciendo una visera con la mano para no perder detalle de esos movimientos?

Desde un banco mira lo que sucede en esa tela. Mira mucho para, después, dibujar.

Saca un sánquche y una coca de una bolsa de nylon. En un rato tendrá que volver al trabajo. Mastica sin dejar de mirar.

Los movimientos de piernas, torso, brazos y tela continúan. Los movimientos pueden con él y encienden su cuerpo.

La bailarina sube y baja, se enrosca, descansa en un pie, acurrucada en el aire. Cómoda en las alturas.

Le encanta.

SIEETE

Otra vez, al atardecer, Leonor se percata de lo mismo: correr y trepar, con urgencia.

Le queda claro que huye.

¿De qué huye?

No trae nada en sus brazos. La mochila en la espalda, solo eso.

Corre desbocada y aprovecha el desbocaje para trepar al árbol.

Leonor no deja de practicar yoga. Continúa mientras nota que la chica se pierde por el rabillo de su ojo para mimetizarse con el follaje. Como la otra vez.

Cuando extiende los brazos y curva su torso hacia arriba, abre los ojos y la ve en una rama a media altura, parada, pegada al tronco del árbol. Abrazada sin que le importe lo rasposo de la corteza.

Se afloja en el piso. Ha perdido la concentración. Tendría que volver a empezar pero la corrida en la plaza ha alborotado los pájaros, el aire. Todo lo que respira está, ahora, perturbado por esa chica. Se lleva la mano al corazón. El de ella debe estar aún más acelerado.

La ve sentarse sobre la rama, una pierna a cada lado, el vientre abrazando el tronco. Descansa. Siente que la quietud va llegando a la plaza, al árbol, a lo que se agita allí arriba.

La quietud del árbol, piensa, esa quietud. Y retoma su práctica. *Vrksasana*, susurra para sí Leonor, mientras abre los ojos y busca un punto fijo.

OCHO

En el colectivo de regreso a casa, Darío, parado, se afloja y se pierde en lo que ve pasar a través de la ventanilla.

Y lo que ve pasar, una y mil veces, es la imagen de esa chica. Ella y su tela. ¿Cómo se llamará? Los brazos desnudos de ella. La tela abultada por el cuerpo de ella. La rama del árbol donde la tela anida.

Desde la obra, por las ventanas y los balcones de los pisos que recorrió durante el día instalando cables, revisando luces, él la miró cada vez que pudo.

Y piensa, ahora, que cuando llegue a su casa, antes que ninguna otra cosa, dibujará

esa imagen que vio hoy. Esa cinta turquesa de la que asomaban dos brazos como alas.

Comienza a imaginar el dibujo surgiendo del lápiz. Sigue la línea imaginaria para definir ese trazo en pensamientos, esa postura, esa elegancia. Sabe que en lo que ha visto hay una esencia que será imposible dibujar, pero lo intentará.

El viaje pasa, llega el momento de bajar y camina las cuadras que lo separan de su cuarto con trancos largos para llegar rápido, pero sin correr.

Al mediar apenas una cuadra, sus pasos se aceleran y corre. Ya no le importa.

Corre

y entra en el edificio

y sube la escalera de dos en dos

y gira las llaves de la puerta

y saluda apurado

y entra a su pieza

y abre su bloc

y dibuja en segundos

una chica pájaro.

NUEVE

Leonor vuelve de hacer las compras y, al pasar por la plaza, mira hacia el árbol.

Ahí es cuando lo ve. Ve que un muchacho de la construcción mira a la chica. Que no puede dejar de mirarla.

Y la chica.

Tan ajena.

No parece mirar a nadie.

La mujer entiende que el muchacho mira la belleza de ese baile entre una tela y una joven. En el silencio, los movimientos son ejecutados sin llegar nunca a una línea recta. Giros, inversiones, pliegues y despliegues.

Una voz masculina grita: ¡Darío! Y el joven, sobresaltado, deja el banco y trota de nuevo al trabajo.

Leonor, que tiene tantos ojos como una araña, ve el rostro serio en la chica y, tras esa seriedad, desconfianza. La chica se sabe mirada. Eso punza en el cuerpo de la mujer, quien, cada vez, se pregunta con más fuerza

qué pasa allí arriba,
qué pasa dentro de ese cuerpo que danza.

Qué le pasó a esa chica.

DIEZ. DOMINGO

Día de descanso. La plaza está alborotada.

Las piruetas de Mara generan atención.

Algunas personas se acercan y tienden sus lonas para mirarla bailar.

Ella sonrío. Es su segundo domingo en la plaza. El primero lo pasó escondiéndose. En la semana, de a poco, empezó a mostrarse. Hoy quiere bailar.

Hoy no va a aparecer. Qué lindo es que nadie te conozca. Ser nadie. Ser otra. Ser de nuevo. Tener otro nombre. Dar vuelta la página. Eso. Renacer. Alma y cuerpo. Nuevos. Eso. Bailar y nada más. Mañana será otro día. Empezaré a buscar. Necesito que hoy no pase nada. Hoy descanso. Mañana empiezo. Necesito pensar hoy.

Alguien pone música. Le gusta lo que oye. Intenta una coreografía. Todo queda atrás cuando se concentra en su danza.

Repasa movimientos. Sabe que cuando la tela la rodea tal como le enseñaron, puede soltar los brazos y dejarse llevar por los giros de su cuerpo.

Es ella sola ahí. Es ella consigo misma, sosteniéndose. Se piensa otra, se piensa Alma, ese nombre etéreo, capaz de girar con ella, fundirse con ella, en las alturas.

ONCE

Darío da una vuelta a la plaza antes de entrar a la obra. Es bien temprano y, sin embargo, allí está ella.

Se entrena, hace abdominales. Cabeza abajo. Piernas tensas sujetándose de la tela anudada. Ojos cerrados.

Darío admira el cuerpo invertido, el sudor mezclándose con el cabello.

La chica no abre los ojos. Él ya está de espaldas cuando ella los abre y le mira la nuca.

Darío no adivina la mirada, no se da vuelta. Entra al trabajo.

En el árbol la savia avanza decidida desde las raíces hasta las ramas más altas.

La imagen de la chica lo acompaña toda la mañana.

Para cuando llega el mediodía está decidido a hablarle. Se pasó todo el domingo pensándola, dibujándola. Fue un día pero se le hizo interminable.

Como todos los mediodías, va al kiosco que está frente a la plaza.

Adentro está ella, comprando un yogur. Lo sorprende. No sabe qué hacer. No puede hablar. La chica le pide permiso con un gesto para pasar por la puerta e irse. Él intenta hacerse finito, pega su cuerpo al mostrador y en el intento se golpea la cabeza con una publicidad de cartón que cuelga del techo. Ella lo mira de reojo y se va. No le causó gracia su torpeza. Al kiosquero sí.

Darío siente que con la chica pasa un leve aroma a pasto húmedo.

Compra y sale con un sánduche y una coca. Se siente idiota. Pero se dice que no va a dejar pasar la oportunidad. Vuelve al kiosco y agrega un helado.

Apura el paso y alcanza a la chica antes de que ella llegue a su árbol.

Le toca el hombro
sin decir palabra.

Le ofrece,
como si fuera una flor,
el helado.

La chica le pregunta con los ojos: *¿Y esto? Tomá, para vos. Ah, ¿y por qué?* Darío siente que un rayo lo quema

por dentro. Es por la voz que tiene ella. Dulce y seca. Carraspea un poco antes de decir *pensé que te iba a gustar. Pensaste que me iba a gustar*, afirma ella y hace un gesto que Darío no entiende. Ella no sonríe pero acepta con un *gracias* susurrado en voz baja. *De nada, me llamo Darío. Alma,* responde la chica mientras se va hacia el árbol.

Él come su sánduche en el banco. Está paladeando el nombre *Alma*. No conoce otra persona que se llame así. Le resulta un nombre tan misterioso, tan irreal. Y la mira. Ella está ahí, come su yogur, sobre el pasto, con la espalda en el tronco del árbol. Es real. A veces lo mira y se encuentran. Son momentos incómodos.

Ninguno se acerca. Intentan distraerse con los sonidos de la plaza, con las personas que pasan. Una bici. Un bebé que corre.

Cuando ella rompe el papel que cubre su helado él fija los ojos en el gesto. ¿Se habrá derretido?

La mira tomarlo del palito y agradecerle con la cabeza. Él responde de la misma manera y decide volver a la construcción.

La próxima vez se animará a acercarse.

TRECE. SUITES NOCTURNAS

Es de noche

y Mara se pregunta cuántas noches más podrá seguir así. Sabe que llegará el momento en que el agente de policía que recorre la plaza se acercará a hacerle preguntas. Le resulta raro que no haya hecho todavía. Se dice que tiene que empezar a buscar a su hermana, armar un plan para dar con ella.

En la tela la tibieza llega pronto. Ahí se siente leve como una oruga transmutando a mariposa.

Es de noche

y Leonor cocina al compás de una melodía de piano que sale de la radio. En un descuido el cuchillo se le resbala y le pincha la yema del dedo pulgar. Una gota de sangre activa tantos recuerdos cuando lo que hay es noche, piano y soledad, que la mujer deja resbalar una queja exagerada mientras se chupa el dedo.

Es de noche

y Darío duerme con la luz del velador encendida. Sobre su pecho descansa un bloc de hojas, y sobre él, los últimos trazos de un boceto en movimiento.

Con apenas un latido, el pecho se mueve y el bloc cae al piso. El sonido lo despierta brevemente, apaga la luz y se da vuelta.

CATORCE

La vida de Leonor transcurre sin sobresaltos. No tiene mucho que hacer:

- comprar día a día la comida,
- ordenar y limpiar su ya limpio y ordenado departamento,
- leer o mirar televisión,
- dormir una siestita hasta la hora de yoga,
- ir a la plaza,
- regresar para bañarse y hacer la cena,
- acostarse. Dormir hasta el día siguiente.

La jubilación llegó hace tantos años como la soledad, que ya siente enquistada en el cuerpo.

El teléfono suena en contadas ocasiones, tan pocas que cuando lo hace la lleva a imaginar tragedias.

Hoy suena. El llamado la alegra. Es su amiga.

Conversar con ella hace que el día sea diferente.

Llevan años diciendo que tendrían que vivir juntas y riendo ante la idea. Se ríen pero algo las detiene. Tal vez la distancia. O la contundencia de la decisión.

Esa tarde rumbea a la plaza con inquietud porque su amiga le dijo que se le olvidan las cosas. Pero que no se lo cuente a nadie.

Desde allí ve la tela enrollada y vacía. La chica no está.

Le cuesta concentrarse en su práctica esa tarde. Al final lo logra. Mientras está meditando siente pasar una ráfaga de aire que conoce bien. *Volvió*, se dice, y respira hondo.

QUINCE

Se les hace costumbre verse.

Aun así, las distancias no se acortan.

La timidez de él.

La desconfianza de ella.

El transcurrir de los días los acerca aunque traten de no toparse en el kiosco, aunque solo crucen miradas casuales.

Ese azar caprichoso.

Ella piensa que él ya almorzó. Él piensa que ella está en su árbol.

Se chocan.

¡Uy, perdóname!, dice él. Ella lo mira. Por primera vez, su comisura parece sonreír. *No es nada.*

Las palabras son tan espesas a veces, dejan la boca tan pastosa.

Ella sale del kiosco y él se apura a seguirla, preguntándose si no va a lamentarlo más tarde. *No me importa*, se dice, y ahí sale su voz: *¡Alma, esperá!*

Alma no lo espera pero avanza más lento. En su mente se disparan pensamientos que le dicen que escape, pero sus pies no se deciden. Mara no quiere conocer a nadie pero sus pies no avanzan tan rápido como ella quisiera. Y son sus pies los que permiten que él se acerque y le hable. Son sus pies.

DIECISÉIS. EL ENCUENTRO, VISTO DE AFUERA

Leonor pasa por la cuadra cargando sus compras. Los mira.

Él, sentado al pie del árbol, come su sán-guche.

Ella lo escucha hablar sentada en su tela, anudada como una hamaca casi al ras del piso.

El muchacho se le acercó. Pensé que tardaría más tiempo. Se ve que le gusta mucho. Capaz que le cambia un poco la suerte a la chica. Qué tensa está ella. No lo acepta. Pero él tiene decisión en el cuerpo, piensa de corrido la mujer mientras admira el conjunto. El tronco marrón oscuro, la

tela turquesa casi en paralelo. El rostro abierto de él, a la defensiva el de ella.

Hoy el clima fresco del mediodía los acompaña, sin embargo en la plaza Leonor siente también otra cosa: hay un nerviosismo animal.

Tal vez se desate una tormenta por la tarde.

O quizá no, quizás algo más esté sucediendo. Algo que resulta claro para las aves, claro para los gatos y los perros. Algo que ella no puede más que sospechar.

DIECISIETE

Darío trabaja concentrado en no cometer errores que lo lleven a quedarse horas extras. Tuvo una idea este mediodía, luego de almorzar con Alma en la plaza. Una idea tan fulminante que lo mantiene acelerado toda la tarde. Piensa que quizás ella lo mirará como a un loco, que será un atrevimiento. Pero algo adentro lo impulsa. La irá a buscar cuando salga de la obra. La invitará al cine. A comer algo. Tiene varios días por delante para planear bien la cita. *Si ella acepta. Apenas me mira... Pero si me dice que sí...*

Darío sueña mientras da luz al edificio.

Sueña con los hombros de Alma.

Sueña que algún día pasará el brazo sobre esos hombros.

Que entrelazará sus manos con las manos de Alma, fuertes, de dedos algo gruesos, como las de él.

Tomará esas manos cuando crucen las avenidas.

El rostro de Alma,

esos pómulos salientes, esos ojos rasgados, esos labios.

¿Cómo será ese rostro visto muy de cerca?

¿Cómo será una sonrisa de ella?

Una sonrisa que él haga nacer.

¿Y qué le contará de sí mismo?

Su vida es tan común. Él es tan común. Ensayo:

Le digo que vivo con mis padres. No, no. Eso es muy serio. Vivo con mis viejos. No tengo hermanos. Soy hijo único. Vivimos en un departamento. Segundo piso por escalera. ¿Querrá saber de qué trabajan? Ni siquiera sé bien qué hace la vieja en esa empresa. Bueno, está en la administración. Lo del viejo es fácil. Electricista. Punto. Le voy a decir que me hizo estudiar para electricista y que ahora quiere que estudie para ingeniero pero yo no quiero. Que quizá me meta en la facultad pero para analista de sistemas. ¿Le digo que dibujo? No, no. Mejor le digo lo de la facultad. A las chicas les gustan los artistas. Pero lo de los dibujos es mío. Va a querer que le muestre. Mejor eso no se lo digo. Además tengo ahí los dibujos que hice de ella en el árbol. No, no. Le digo que estoy por empezar la facultad y listo. No creo que me pregunte demasiado. No creo que me pregunte nada en realidad. Y si tengo que seguir hablando solo puedo contarle de la construcción. Que entré por mi viejo. ¿Pensará que soy un nene? Pero bueno, fue así. Me lo consiguió él y ¿está mal si le digo que el

dibujó me gusta? ¿Pensará que soy un idiota? ¿Un nerd? Ni siquiera me gusta salir a bailar con los pibes. No me gustan las chicas que me presentan. Eso no se lo voy a decir. "Hola, no me gustan las chicas que me presentan mis amigos". Ja. ¿Le cuento lo del fútbol los viernes? ¿Le cuento de mis amigos? ¿Pensará que soy el típico chabón que lo único que sabe hacer es hablar de fútbol? Le puedo hablar de computadoras también... O de rock nacional. ¿Le gustará la música? ¿Qué poco tengo para contar. ¿Por qué me estoy haciendo tanto problema? Ni siquiera la invité todavía.

Llega la hora y Darío siente la corriente eléctrica dentro de su cuerpo. Se apura en ir hasta la oficina a fichar. Conversa con sus compañeros para no revelar su urgencia, para no ser interrogado. Ya ha sufrido algunos comentarios de su jefe: *Linda chica, andás mirando mucho a la chica esa, eh. Ojo, no vaya a ser que te equivoques el color de los cables, eh.*

Sale hacia un lado. No toma el camino de la plaza. Da un rodeo. La luz de la tarde ya empieza a bajar su intensidad.

Se acerca al árbol desde un ángulo poco recorrido. No ve la tela. No la ve a ella. Se le acelera el corazón.

Llega al pie del árbol y allí arriba está la tela anudada. Vacía. Recorre la plaza con la mirada y ve a la vieja que medita. Va hacia ella, le parece haberla visto muchas veces por ahí. Quizá sepa algo.

No piensa en que puede molestarla, interrumpirla. Se acerca y le habla al rostro cerrado. *Disculpe, señora, ¿no vio para dónde se fue la chica de la tela?*

Ve a la vieja abrir los ojos sin expresión. La ve que mira el árbol, mira el banco, mira la plaza, mira a Darío,

que le pregunta de nuevo: *La chica de la tela. ¿No sabe adónde se fue?*

Le dice que no, que no sabe. *Pero dejó la tela, así que va a volver.*

Sí, es cierto. Gracias, le responde la sombra de Darío.

Con las manos en los bolsillos encara el cuerpo hacia la parada del colectivo. *No importa,* se dice. *Mañana puedo invitarla. Hay tiempo todavía.* Su mente se queda en el nudo vacío de la tela. Para cuando llega a su casa, lo tiene en la garganta. *Esa chica me está haciendo mal,* piensa.

DIECIOCHO

Leonor decide quedarse luego de que Darío se va. El mediodía le avisó que la noche será diferente. Algo en el color de la tarde se lo recordó. Ella es de prestarle atención a esos algo.

Vuelve a acomodarse en su postura. Vuelve a respirar. Meditar le permite aislarse de los sonidos habituales de esa hora del día.

Es la hora "de las brujas", como solía decirle su madre cuando era una niña asustadiza. *A la hora de las brujas hay una energía rara en el aire,* le contaba. Es el momento ideal para tomar un baño y usar el agua como repelente. En la ciudad, el momento de regreso

a casa de quienes estuvieron trabajando durante horas suele ser agotador. Alberga tantos deseos por llegar al este, al norte, al sur, al oeste, a las lejanías, a la otra cuadra, que todos se vuelven seres ciegos, sordos, vociferantes, impacientes. Suenan las bocinas de los autos. Hay frenadas. Hasta los perros de los balcones ladran más a esas horas.

Leonor lo sabe y también sabe cómo dejarse ir en esos sonidos.

Pero un grito como el que escucha no está en la rutina de nadie.

Ese grito detiene todos los otros sonidos y hace que quienes andan por la plaza acorten los cuellos y miren hacia adelante.

La chica corre como nunca y trepa. De atrás la corre un grito.

¡Hoy no te escapás, me escuchaste, hoy no te escapás!

La mujer abre los ojos. *Es el mismo muchacho*, piensa. Ya no puede verlo como un chico. Ese grito fue de un hombre. De una clase de hombre que conoce bien. Siente cómo se le acelera el corazón. Sabe que la chica ya está bien alto, bien alto en su árbol. Sabe que no cometerá el error de meterse en su capullo sino que trepará más alto aún. Pide al cielo que no sea descubierta.

El hombre no sabe tanto pero mira el árbol y trata de trepar. Es grandote, no le resulta fácil. No está acostumbrado a trepar. Pero sabe tirar piedras. La plaza está cubierta de piedras. Sin dejar de mirar para arriba se agacha y toma un puñado.

Y tira a su blanco. Y acierta. Muchas veces.

Baja, puta de mierda.

Pero la chica no baja. No se mueve. No se revela.

Salí que ya sé que estás ahí. ¿Sabés qué voy a hacer? Me la voy a agarrar con tu puta madre y vos vas a tener la culpa. La culpa va a ser tuya, estúpida. ¡Baja!

Pero el árbol no se agita. No se mueve. No se revela.

Y el grito tiene que callar porque se acerca la luz azul de la policía. El agente ni tiene que dejar su patrullero. La presencia alcanza para que él se vaya. Camina hacia su auto. Se mete. Antes de arrancar mira la plaza. Leonor se dice que mira con odio.

La chica no parece estar ahí. Parece estar más alto, mucho más alto.

El patrullero se queda un rato estacionado en la plaza. Queda el árbol con la chica.

Queda Leonor que, aun a tantos metros de distancia, sabe escuchar el latir de ese corazón y hoy no se irá.

DIECINUEVE. INVITACIÓN

Mientras el patrullero está en la plaza Leonor piensa. Piensa y decide que va a alterar el curso monótono de su vida para proteger a esa chica. No sabe explicarse por qué pero no puede evitarlo.

Cuando el policía se va, se acerca al árbol. Actúa movida por la intuición. *No te conviene quedarte acá esta noche*, le dice mirando hacia arriba, hacia el follaje. Mara la mira y, aunque está oscuro, el pelo blanco la distingue. Es la mujer que hace yoga. *Sí, ya sé*, le responde. *Pero no sé adónde ir.*

Vení conmigo, ofrece la mujer. *Vivo cerca.*

La chica no responde.

La mujer insiste. *Llevemos la tela con nosotras. Así piensa que te fuiste de la plaza.*

La chica duda.

La mujer habla de un modo que invita a aceptar, pero no la conoce. *Sé lo que se siente. Es eso. Solo quiero ayudarte, le dice, adivinándole el pensamiento. Desde mi casa podés llamar a tu familia, si querés.*

La chica asiente, desata la tela, la guarda y comienza a descender. Al verla frente a frente, la mujer de la plaza abre los brazos.

Leonor se sorprende de la naturalidad de su gesto: hace mucho que no abraza a alguien. Pero se da cuenta de que la chica necesita eso y pronto la siente temblorosa y tensa en el hueco que arma su cuerpo.

Gracias, murmura la chica.

Vamos, responde la mujer.

Casi sin mirarse, caminan rápido.

Hilitos de sangre en los brazos,

la mejilla,

la frente.

Mochila en la espalda,

bolsas.

VEINTE

La mujer abre la puerta de su pequeño departamento. Está en una planta baja oscura, de un edificio antiguo. Solo caminaron media cuadra desde la plaza. Abre la puerta y enciende una luz.

El ambiente es tan cálido como la propia Leonor. No se ven muebles altos. Se ven almohadones, un sillón, varias plantas, una mesa pequeña y ovalada, de patas cortas.

Bienvenida a mi castillo, dice haciendo una reverencia que intenta provocar una sonrisa. *Mi nombre es Leonor.*

M... Alma, responde ella, aún desconfiando, sin sonreír, mientras mira los adornos, la lámpara, la biblioteca.

¿Malva? Qué lindo nombre, dice la mujer mientras se quita el abrigo y lo cuelga en un perchero.

No, no, Alma, repite la chica, más segura.

¡Ah! Alma, lindo nombre también, responde Leonor, con una leve sospecha. Sentate donde más te guste, Alma. ¿Quieres pasar al baño? ¿Limpiarte un poco?

Mara dice que sí con la cabeza y va hacia donde Leonor señala.

En el espejo del baño ve las marcas que dejaron las piedras.

La sien.

La mejilla.

Se lava la cara.

Se mira

pero no a los ojos.

No puede mirarse a los ojos.

Esos ojos la castigan.

Se le llenan de lágrimas.

Hace fuerza para no llorar.

Se lava las manos, los antebrazos. Siente dolor en una pierna, se mira y ve otro hilo de sangre en la pantorrilla, cerca del tobillo. Pasa el índice desde la punta de la gota, desandando su recorrido. Se limpia el dedo bajo el chorro de agua.

Cuando sale del baño Leonor está en la cocina. Desde allí le habla. *Voy a preparar algo para comer.*

Mara aún no puede creer su golpe de suerte. *¿Quién es esta mujer? ¿Por qué se ocupa de ella y no le hace*

preguntas? Sigue su voz, como si de ella y de su modo sencillo de hablar se desprendiera un aroma irresistible.

Se nota que a Leonor le gusta preparar sus alimentos. Pueden elegir qué comer, tiene muchas cosas. Semillas, frutas, verduras, quesos. Pero no se anima a pedir nada.

Toma lo que Leonor va poniéndole en las manos.

Preparan juntas la cena, comen casi sin hablar. Mirándose, sonriéndose, comentando lo rico, lo especial, lo caliente.

Luego Leonor le ofrece un té y Mara acepta.

La mujer le cuenta que tiene setenta y seis años y que hace muchos que vive sola;

que la observa desde la primera tarde que pasó en la plaza y

que ese hombre que la persigue la tiene preocupada.

Que le resulta raro que una chica tan joven esté tan sola, viviendo en la calle.

Leonor le cuenta esos pensamientos pero no le pregunta nada.

Mara escucha y necesita hablar, necesita explicarle, necesita quitar de sí el peso de lo que le está pasando. Pero *¿cómo empezar?, ¿cómo saber si se puede confiar?, ¿cómo hacer para que el dolor se acomode a las palabras?* Leonor la siente titubear, se van quedando en calma. *Tomá el té, le dice. Tenemos el tiempo de nuestro lado.*

Y el tiempo parece desplazarse, sí, ponerse de lado, estirarse para que la noche rinda.

Dos mujeres sentadas a una mesa simple de cocina.
Lo que sucede entre las dos va desdibujando el entorno,
modificando la luz.
La claridad está donde se alojan las palabras,
en ese tiempo-espacio compartido. Oídos. Ojos. Bocas.
Lo dicho se comprende. Se aloja. Se trenza
con lo que se intuye y con lo que se recuerda.
El resto de los cuerpos es una naturaleza que espera.

Al aparecer la luz azul celeste del amanecer las dos
mujeres deciden ir a dormir, dejar esa mesa vacía, las
sillas arrimadas, las tazas y las cucharitas en el secaplatos.

La chica, acostada en el sillón del comedor, cierra los
ojos finalmente y suspira. Esa mujer le da una confianza
que su cabeza aún no entiende pero que su cuerpo ya
ha comprendido. Y pudo contarle algo de lo que le está
pasando. No todo. Quizá más adelante pueda contar el
resto. Lo importante es que siente que ya son dos para
hacer que los gritos se acaben.

VEINTIUNO. ALGO

*Es que yo no pensé. O sea. Pensé que iba a pasar
algunos días. Noches. Dos o tres. En la plaza. Pero
no más. Lo que pasa es que mi hermana. Porque en
realidad lo que yo quiero es ir a lo de mi hermana.
Quiero vivir con mi hermana pero no sé dónde está.
Ella se fue de mi casa. Es mi hermana mayor. Pato.
Yo soy la del medio. Hernán es el más chico. ¿Me
entendés algo? Lo que pasa es que mi casa es un qui-
lombo. Perdón. Es un lío. Un lío. Y un desastre. Yo
estuve pensando en estos días, ¿viste? Y es un desastre
desde hace. Es un desastre. Mi papá se fue cuando yo
tenía siete años. Pero antes de irse nos cagó a palos.
Perdón. Es que nos pegaba, ¿viste? Después nos hacía
regalos. Una vez nos llevó a Disney. Yo tenía cinco*

pero me acuerdo de todo. Mamá siempre. Cada vez. Decía que era así porque estaba enojado con la vida. Enojado con la vida. Ella decía así. Yo nunca entendí. Lo de enojado con la vida. ¿Les pegás a otros porque estás enojado con vos mismo? Yo digo que no. No nos quería, ¿viste? Mamá nos curaba los golpes. Hasta hoy tiene la costumbre de apoyar una manzana fría. Te apoya la fruta fría en los lugares golpeados, ¿viste? El frío helado duele también. Manzana o naranja. Cuando éramos chicos usaba un pedazo de carne. A mí el olor me daba ganas de vomitar. Hubo una noche. Terrible. Papá volvió de la oficina borrachísimo. Mamá estaba. En su cuarto. Nosotros terminábamos de hacer la tarea. Serían las nueve. No era tarde. No sé qué pasó. Nunca supe. La agarró a mi hermana. Yo grité. Ella. Todos gritamos. Casi la mata. Después me agarró a mí. Me revolvió el brazo y me sacudió una cachetada. No me acuerdo. Golpe de puño no sé. No me acuerdo bien. No llores, mocosa. Callate. Los vecinos. No nos decía por qué. Nos estaba pegando. Hernán gritaba. Como loco. Era chico todavía. Cinco o seis tendría. Pero atacó a mi papá. Con un cuchillo. Uno de la mesa. Se lo clavó en la pierna. Mamá lloraba. Trataba de ponerse entre mi papá y mi hermano. Para protegerlo, ¿viste? Era tan chiquito, Hernán. Siempre supo que teníamos que cuidarnos. Mi hermana puteaba a los gritos. Vinieron unos vecinos. La policía. Fue una locura. Esa noche se fue. Antes estampó a mi hermano contra una pared. Lo desmayó. Fuimos al hospital. Después estuvimos tranquilos con mamá muchos años. Bien. Pato dejó la secundaria pero consiguió un trabajo. Hernán pegó el estirón. Iba a la misma escuela que yo, ¿viste? Todo se calmó. Casi que éramos felices. Los cuatro. Mamá también trabajó en esa época. Es relinda mi mamá cuando está bien. Hasta que apareció Jorge, ¿viste? Enseguida se vino a vivir. A mi casa. Reparado a papá. De cara y de carácter. Yo no lo podía creer. Lloré mucho. Le pedí por favor. Pero

mamá. A mamá la empezó a tratar mal enseguida. Nunca vimos que le pegara. Pero escuchamos, ¿viste? Se encierran con llave. Y se escucha todo. Cuando gira la llave me da un miedo. Mamá dice que no es nada. Celos nomás. Mi mamá no sale de mi casa sola, ¿viste? No puede salir. Ella dice "mejor". Sale con Jorge. O con Maxi. El hijo de Jorge. Maxi es el que viste. El de la plaza. Quiere ser mi novio. Mi novio. Yo soy tan boluda. Perdón. Idiota. Pato se fue cuando Jorge se mudó a casa. No aguantó. Me dijo. Ella sabía. Pato siempre fue más. Yo soy tan tonta. Me creo que las cosas van a mejorar. Me dijo de irme con ella. Pero no quise dejar a mamá, ¿viste? ¿Irme y dejar sola a mamá? Me dio cosa. Miedo. Miedo por mamá. No soy tan valiente. Nos abrazamos mucho. Las tres. Antes de que se fuera. Ella dijo que no la buscáramos. Que ella iba a llamarnos cada tanto. Pato es así. Ahora necesito que llame. Yo la quiero mucho. La extraño. Me quiero ir con ella. Ahora quiero encontrarla. Pero no sé cómo, ¿viste?

Leonor aloja a la chica en su vida. Las rutinas cambian. Ahora son dos.

Deciden que la chica solo saldrá a la calle en los momentos que llaman "seguros".

No son muchos, pero hay.

Martes y jueves por la tarde.

Mediodía del sábado.

Domingo por la tarde.

Pasa la vida.

Pasa el tiempo, lo ve pasar Leonor.

Una semana se escurre entre sus dedos.

Las horas se multiplican.

También las confidencias entre las mujeres.

Sanan los golpes.

La piel se renueva.

Mara intenta disfrutar cada momento. Los abrazos de Leonor, al levantarse. Preparar el almuerzo. Comentar el programa de televisión. Vive con una intensidad que no tiene un antes en su vida. Se da cuenta de que otra cosa es posible. Quiere borrar lo anterior, quiere olvidarlo. Hace fuerza para abandonar, desintegrar lo que ella fue. Que exista Alma, nada más que Alma. Leonor dice que no. Que se crece cuando no se olvida. Que negar el pasado nos debilita.

VEINTITRÉS

Darío llega temprano a la construcción. Da vueltas por la plaza. La tela no está. Su pecho se carga de angustia.

Hace diez días que dibuja a Alma de memoria. Diez días sin saber de ella.

¿Qué le pasó?, se pregunta. Y también, *¿va a volver?*

Se deja caer en el banco y observa el árbol. Es patético en su enamoramiento.

Se odia por estar tan pendiente de esa chica. La odia a ella por haberse ido. La odia pero mira el árbol y la imagina.

Ramas como brazos abiertos ofrecen hojas a quien quiera admirarlas.

El sol se filtra entre ellas.

Brilla el rocío, como si fuera necesaria aún más belleza para el árbol.

La rama en la que la chica había hecho nido. *La rama de Alma*, piensa Darío, *es paralela al piso allá en lo alto*. Perfectamente paralela. Darío cierra un ojo y la recorre. Sí, confirma, *es perpendicular al tronco*. ¿Será que existe, allá debajo, una raíz, también paralela, simétrica en profundidad a esta rama, de sentido opuesto, para contrarrestar el peso? Darío se pierde en esos pensamientos, los dibuja en su mente en términos geométricos, como los esquemas de circuitos que pueblan su día de trabajo. Pensamientos que buscan alejarse de Alma. Pero no logra que se salga de foco el recuerdo tan vívido de su presencia en esa rama.

El ladrido de un perro lo despierta de la ensoñación. Mira el reloj: hora de trabajar.

Entra, escucha a su jefe, pasa la mañana instalando la electricidad de otros departamentos. Piensa en que al día siguiente no tiene que madrugar. Desde las ventanas que dan a la plaza, mira el árbol cada vez que puede.

Al mediodía, un lazo de cielo ondula entre el verde y su corazón da un salto.

Alma. Es todo lo que piensa.

VEINTICUATRO

Cuando sale a almorzar, Darío se dirige, primero, hacia ella.

Toma el camino recto de la plaza. Pasa delante del banco. Llega donde está la chica. *¡Hola!*, la saluda. Ella, desde arriba, cabeza abajo, rodillas abiertas, lo mira y responde.

Darío se agita, aparece un enojo que le hace tensar el cuerpo, un enojo que está a punto de explotar. Y que, de pronto, encuentra sin sentido. *Si Alma no sabe nada de mí*.

Se afloja. *Ella no sabe nada de lo que estoy planeando*. No sabe que la vine a buscar, piensa. *Pensé que te había pasado algo*, le dice. Cuando escucha la preocupación exagerada de lo que dijo se siente ridículo. Se pone colorado.

Ella sonríe levemente. *Bueno, acá estoy. No me pasó nada.*

Darío quiere besarla, darle un abrazo, algo. No se atreve.

Voy a comprar mi almuerzo, ¿te traigo algo?, le pregunta.

No, gracias, ya comí, responde ella mientras termina su giro, vuelven los pies abajo, los brazos se estiran sobre su cabeza, se escurre de la tela al piso, etérea como el aire mismo. Baja a tierra.

Y es entonces

(cuando Mara se para frente a Darío
más cerca de lo que había calculado y dice

iups!,

tocándole el pecho para separarse de él
al tiempo que se disculpa)

que él ya no aguanta y la abraza.

Pensé que te había perdido, le dice al oído.

Ella, quieta ante el arrojo, ante la angustia de Darío, no responde. Está paralizada en el abrazo. Aunque no quiere, siente ese abrazo. Siente su electricidad. Es un abrazo distinto a cualquier otro que le hayan dado.

VEINTICINCO. GIROS Y PENSAMIENTOS

Luego de amanecer en calma en la casa de Leonor. Luego de llegar a la plaza y ser sorprendida por un abrazo. Luego de tanto, Mara gira sola. Tiene apenas una hora para bailar y es lo que más quiere en el mundo.

Mientras trepa al árbol se le agolpan imágenes nuevas y de otros tiempos, así, en desorden.

El calor de la respiración

cuando Darío la abrazó.

El rostro de su madre,

golpeado, violáceo.

Un abrazo con sus hermanos
cuando los tres eran pequeños.

La luz azul del coche de policía
reflejada en las hojas del árbol.

Aquel atardecer de verano
con sus amigas, aquellas risas.

El llamado a volar
en el fondo de la mochila.

Un puño que baja
y la oscurece.

Se concentra en la tela mientras piensa. Es la mejor manera de alejar los fantasmas.

Tiene que concentrarse o se cae. Ya le ha pasado. No quiere caer.

Entonces tiene que concentrarse, ser su centro de atención. Se ovilla, invierte su postura: cuerpo extendido, cabeza abajo. Se pliega, con sus brazos se incorpora, va la tela enroscándose en sus muslos.

Está sentada en el aire, sostenida solo por su deseo de estar allí arriba, es ella misma quien se sostiene, ella misma y esa tela.

Son esos brazos, ese cuerpo, los que tienen la fuerza para sostenerla. Sonríe al pensarlo. Se pasa las cintas por la cadera, se las enrosca con naturalidad, de memoria prepara la pirueta, es parte de sí, como bañarse, como vestirse.

Se lanza hacia adelante. Gira veloz sobre sí misma.

Un pensamiento la sigue desde hace días: ¿por qué no le dijo a Leonor su verdadero nombre?, ¿por qué no dijo que llama a su casa y nadie responde?, ¿por qué siente

vergüenza cuando piensa en su vida?, ¿por qué no dijo que quiere ver a su madre?, ¿por qué estar siempre agazapada, a la defensiva?, ¿por qué no pensar que algo bueno puede sucederle?

Porque sí. Porque es así. Porque si me hago ilusiones y no. Duele más que cualquier golpe.

Se mezcla ese pensar en los giros de la tela, en los giros de los cabellos de Mara, en la agitación del aire.

Vida. Este viento es pura vida. Ya todo quedó atrás. Esto es ahora. Esto es otra vida. Ahora.

Vuelve a detenerse y respira. Ha girado tres veces sobre sí misma. Ya no está tan alto. Siente el sol de frente que le devuelve el valor del ahora como un eco sorprendente. Las hojas del árbol ya no la protegen de la luz.

Piensa que ser llamada de otro modo le hace bien. Alma.

Alma, se repite, y hace girar su cuerpo para marearse, para que la tela la apriete. Luego, relaja el cuerpo y es la tela la que la gira a ella, en sentido contrario, hasta estar las dos lisas, tensas, estiradas.

Toca un instante la tierra con los pies descalzos y siente el pasto frío junto a su respiración agitada. Enrosca la tela en su pierna con un movimiento de rodilla y vuelve a trepar hasta su rama.

Hoy, después de tantos días en el departamento de Leonor, después de tantos giros, quiere ver el mundo

desde lo alto. Quedar ilusoriamente fuera del imán terrestre, sostenida por ese árbol. Sin resistir. Y ahí permanece, haciendo equilibrio con la espalda apoyada en la rama, las piernas cubiertas de turquesa, los ojos fijos en el paisaje, la mente repitiendo una palabra.

VEINTISÉIS

Darío ve por la ventana que la chica desciende de su tela. También ve la mochila abierta, presume que es la última danza del día, que pronto se irá. Corre y sale aunque el turno tarde acaba de comenzar. *Ya vuelvo*, dice al pasar al vigilante de la puerta.

Las horas imaginándola, adivinándola entre las ramas; los cables, la luz y la sombra, no han hecho más que dar profundidad a su fantasía, a la película que se le arma y desarma, siempre diferente, en la cabeza. No puede quitársela ni un instante del pensamiento y no quiere que ella se vaya sin preguntarle si volverá.

La encuentra en la mitad de algo. No hay música sonando en el aire pero sí en la cabeza de ella. Ahí suena una melodía muy precisa, extraña para el ritmo que demandan los movimientos en la tela. Está ajustándolos. *Par mil*, de Divididos. La chica la tararea mientras gira. Apenas si ha advertido la presencia de Darío.

¿Alma, nos gusta la misma música?, pregunta él. Ella se sobresalta y se calla.

No sé, responde ella desde una figura que la hace sirena. Entonces él la mira y se pone a silbar la melodía de *Par mil*. Sigue a los Divididos desde que eran parte de Sumo.

Y si antes quería besarla, cuando termina de silbar la canción y la danza cesa el deseo ya es otro, mucho más profundo. Pero Darío intuye que, con esa chica en particular, lo importante es no apurarse.

Cuando ella termina deja la tela y él la aplaude sin ruido. *Estoy cansada*, le dice. *Me voy*.

Quería invitarte al cine, le responde él, de pie, mirándola. Ella lo mira seria. Trata de sonar despreocupada cuando dice *gracias, pero no puedo*.

El rechazo lo golpea. Él creía que estaba preparado, pero no.

Ah... bueno, quizás otro día... si tenés ganas...

Ella lo mira sin hablar. Quiere liberarse de él y del torrente de sensaciones que él le despierta. Mientras descuelga la tela le dice *quizá... disculpame pero tengo que irme...*

VEINTISIETE. MAMÁ

Con esa palabra/imagen/sensación despierta Mara la mañana del martes. Hace ya una semana que no sabe nada de su madre. Llama y nadie responde. Siente la falta de noticias. Está llena de esa falta. Durante la mañana la angustia le gana. Necesita saber de su madre. Necesita saber si Pato llamó.

Tengo que ir a verla, le dice a Leonor durante el almuerzo.

¿Y si te encontrás con Maxi?

Por eso tengo que ir hoy, hoy es seguro. Hoy entrena.

¿Y el padre?

Trabaja hasta tarde, responde Mara, mordisqueándose las uñas.

¿Y cómo hago para...?

Te llamo por teléfono, ya lo pensé, contesta, rápida, la chica. Si no te llamo es que algo pasó.

Anotame la dirección de tu casa, Alma, el número de teléfono. Dame datos, porque si algo sale mal voy a ir a buscarte, le dice Leonor con firmeza.

Ella escribe en un papel. Dirección. Teléfono. Número de documento. Nombre completo de ella y de su madre. Fecha de nacimiento. Datos. Datos para que Leonor pueda hacer una denuncia si es necesario. Se lo entrega doblado, para que no lea inmediatamente su nombre verdadero.

Y sale. A la calle, hacia el colectivo, hacia las cuadras de su infancia, esas casas tan hermosas, esas veredas con árboles y flores coloridas que esconden tantas oscuridades.

Hacia allí va.

VEINTIOCHO

Su mamá la mira entrar a la cocina. No muestra sorpresa. Está sentada a la mesa, tomando café y con la radio encendida. Mara creció escuchando esas voces, es un programa que está sintonizado desde que tiene memoria, ya está terminando, señal de que se acerca el mediodía.

La mamá sonrío, es una mueca que Mara conoce bien.

La hija se acerca y la saluda. La mamá intenta pararse y no puede evitar un gemido.

¿Qué te pasó? ¿Con qué te pegó? No me pegó, no es nada. ¿Te empujó?, insiste ella, sabiendo que no tendrá éxito. Entonces cambia de rumbo:

¿Fuiste al médico? Su mamá asiente con un gesto mientras vuelve a sentarse. *Tengo que tomar unas pastillas. Todavía no empecé. ¿Querés algo de comer? ¿Un vaso de jugo? ¿Por qué no me contestabas el teléfono? No anda. Se rompió. El fijo tampoco lo atendiste. No anda. Tampoco anda. Se rompió. ¿Y Rosi? ¿No vino hoy? No viene más. Jorge la echó. ¿Qué pasó, ma?* La mamá levanta los hombros. *Nada*, dice.

Mara la mira con pesadumbre y siente culpa. ¿Ella podría haber evitado algo si se hubiera quedado en la casa?

¿Lo viste a Maxi?, pregunta de improviso la mamá, sorprendiéndola. *Me dijo que el otro día se vieron. Algo así*, responde la hija sin ganas de hablar. *Quiere que seamos novios. Yo no quiero y él insiste.*

Ah. Es todo lo que dice lo que queda de la que alguna vez fue su madre.

Mara no contesta. Abre la heladera y se prepara un sánduche. Se sirve gaseosa en un vaso. Lleva todo a la mesa.

Escuchame, ma. No quiero encontrarme con Maxi. Vine a verte a vos. Te extraño, ¿sabés? ¿Llamó Pato?

No. ¿Dónde te estás quedando? ¿En lo de Cami? No. ¿En lo de Luli? No, ma. En un lugar nuevo. Está todo bien. En serio. Decime dónde. No, ma. Escuchame. Contale a Pato que me fui, ¿sí? Que te diga cómo hago para encontrarla. Decime dónde estás parando, Marita, te juro que no le voy a decir a nadie dónde estás. Te lo juro. Ni siquiera podés decir que vine a verte, mamá, ¿entendiste? ¿Vas a guardar el secreto?

La mamá dice que sí.

¿Te vas a acordar de decirle a Pato? Sí. Pero decime que estás en un buen lugar. Sí, ma. Estoy bien.

Mara se ahoga en la cocina y en la mirada de su madre. El silencio es espeso. Necesita irse. Necesita que circule aire por su pecho. *Bueno, mami, voy a agarrar un poco de ropa, ¿sí?*

La mamá dice que sí y sube el volumen de la radio. Ella entra a su habitación, toma un bolso, mete algunas mudas de ropa, otro par de zapatillas, busca el dinero que tiene ahorrado, cierra el bolso. Mira la hora y siente la urgencia de irse. Se cruza el bolso y lo coloca sobre su espalda. Sale del cuarto con la intención de saludar a su mamá y agarrar unas manzanas.

En eso está, yéndose, cuando escucha la puerta de un auto que se cierra.

La casa de Mara tiene doble circulación y ella es una experta en escabullirse.

Creció filtrándose entre muebles y paredes. Sabe cómo hacerlo.

Cuando siente que Maxi entra y va a la cocina, ella se dirige hacia la puerta de salida.

Cuando siente la voz de Maxi preguntando quién estuvo de visita, gira el picaporte y sale.

Comienza a correr sin mirar atrás. El bolso rebota sobre la base de su columna.

Maxi sabe correr pero yo siempre le gano, se dice a sí misma. Pero Maxi elige el auto, porque él también sabe eso.

Paula Bombara

Cuatro cuadras más adelante, la alcanza y la sorprende: sube el auto a la vereda justo delante de ella, en un garaje, para frenarla. Ella intenta esquivarlo sin dejar de correr pero el auto la toca y hace que pierda el equilibrio. El bolso la desbalancea.

Él se baja, la corre, la alcanza y la toma de un brazo. Mara grita, *¡soltame, soltame!*, y se resiste, patalea, se agita.

Él le pega ahí, a la luz del día, en plena calle. Uno, dos, tres golpes de palma, de mano, de puño, que aciertan a medias porque Mara se mueve, se mueve para zafar de las garras de su predador.

Nadie se acerca. Dos viejas que cargan bolsas de compras apuran el paso. Una madre y su hijo con delantal de escuela miran desde la vereda de enfrente. La madre grita algo a la distancia.

Ella siente una ira tremenda que la llena de fuerzas y, no sabe cómo, le entra de lleno al pecho de Maxi con las palmas extendidas, lo empuja, lo aleja lo suficiente para seguir corriendo. No mira atrás, se entrega completa al tremendo esfuerzo de escapar.

Llega a la estación y sube al tren con los segundos justos. Los pasajeros la miran, algunos se separan de ella, alguien le pregunta tímidamente si está bien. Ella dice que sí con la respiración agitadísima. Trata de aquietar su pecho, siente que le va a explotar. Inspiraciones cortas, espiraciones largas, cierra los ojos y se concentra en su corazón que, despacio, se va aquietando. Al abrir los ojos se ve reflejada en el vidrio de la puerta. Su cara comienza a

hincharse con el correr de las estaciones, no puede verse con nitidez pero se adivina deforme.

Recuerda a Leonor. Saca su celular del bolsillo del jean, lo enciende y la llama, pero cuando ella atiende, no puede hablar y corta.